

LA INTERIORIDAD COMO ENCUENTRO. REFLEXIÓN SOBRE LA *INTERIORIZACIÓN TRASCENDIDA* *AGUSTINIANA*

Pedro MERINO CAMPROVÍN, OAR

Interiorización, mejor que interioridad

Aunque utilizaré indistintamente los dos, prefiero el término *interiorización* (según *Const.* 11), porque expresa mejor la dimensión dinámica del proceso o itinerario por el que la persona se abre al encuentro con Dios, toma conciencia de su responsabilidad y se dispone a salir en su misión de servidora del reino.

La interioridad no remite a un espacio interior vacío. Más bien alude al ámbito de una realidad profunda, llena y coloreada de presencias, donde el encuentro entre Dios y el alma da sentido al proyecto que lleva el sello del Padre y compromete a sus servidores. Es, por tanto, un espacio sagrado, en el que el amor del Padre revela su secreto y pide colaboración a la criatura.

Podríamos decir que ahí se gesta el encuentro y la novísima alianza entre el Dios de siempre y la persona que lo hace presente hoy. Todos los pasos posteriores, toda iniciativa humana y todos los esfuerzos, para su eficacia, son deudores de ese encuentro anterior en el que Dios lleva la iniciativa, llama y envía. A la persona se le pide estar despierta y a la escucha, para captar, sin interferencias, el mensaje liberador, lo que le supone un ejercicio constante de humildad y desasimiento, para descentrarse de sí misma y hacer suyo el plan de Dios.

La oportunidad y urgencia de reflexionar ahora sobre la *Interiorización trascendida agustiniana* se justifica por su papel decisivo en el proceso de revitalización y conversión en que estamos inmersos en la orden, como paso previo para una reestructuración ajustada al proyecto de Dios. Y, a la vez, nos hará bien tomar nota de los pasos equivocados que retrasan o inutilizan la acción de Dios entre nosotros: despistes, pereza, apegos, insensibilidad, intereses, egoísmo... Para detectar estos desajustes necesitamos volver al corazón, entrar dentro y encontrarnos cara a cara con quien nos está esperando. Todo ello cabe y hay que reconvertirlo en el horno de la interiorización.

¿Hay algo en última instancia y como causa propia y objetiva que explique el vacío interior, la sensación de cansancio, la pereza, el desinterés, la insensibilidad humana y el desafecto espiritual que nos desconectan de Dios y nos alejan

de los hermanos? ¿No será el vano intento de empeñarnos en construir solos una casa común, una sociedad justa? Sin Dios, o limitándonos a encuentros protocolarios y contactos superficiales con él, solo construiremos comunidades encerradas en su propia comodidad, aunque garanticen servicios puntuales ciertamente razonables, pero desconectados del proyecto de Dios para los hombres y mujeres de hoy. Tal vez no hemos caído en la cuenta de que, con tantas conexiones y servidores «de pago», en realidad no estamos conectados al Dios «gratuito», el único que tiene un proyecto de vida y salvación para todos y que está empeñado en contar con nosotros para una misión de rescate.

En esta reflexión no pretendo ahondar en la elaboración teológica agustiniana, para la que no estoy capacitado. Me contento con exponer lo que me inquieta a la luz de una lectura meditada de textos conocidos. Lo resumiré en los siguientes apartados principales: 1. Qué es/no es la interioridad. 2. La dispersión como pérdida de la unidad y ruptura de relaciones. 3. Aproximación a la realidad. 4. Pistas para el cuidado de la interioridad.

1. ¿Qué es y qué no es la interioridad?

Interioridad no es lo opuesto de exterioridad. «Interioridad no se opone a exterioridad, sino a *superficialidad y dispersión*. La interioridad es la otra cara de la exterioridad, aquella que le da su sabor y su profundidad»¹.

La exterioridad, en cambio, no se opone a la interioridad, sino que la complementa. Es su necesario e indispensable reverso, no como su obstáculo o tropiezo, sino como su verificación. Es decir, el cultivo de la interioridad no debería comportar para nada el olvido del mundo, sino que es la búsqueda de su Fuente, para vigorizar nuestra presencia en el mundo y hacerla más transparente².

1 J. MELLONI, «Búsqueda de interioridad»: *Misión joven* 369 (2007) 5-6. En página web: http://www.misionjoven.org/07/10/369_3.html. Melloni, que interpreta la interioridad como una llamada a una mayor *calidad de existencia*, frente a los obstáculos de la dispersión, la sobrea-bundancia y el aislamiento, presenta la interioridad como unificación de la persona, austeridad y solidaridad como muralla de contención del deseo, y solidaridad en lugar de la indiferencia.

Por otra parte, adelanto el significado de algunas abreviaturas del magisterio eclesiástico utilizadas en el discurso: *DCE*, *Deus caritas est*; *EG*, *Evangelii gaudium*; *ES*, *Ecclesiam suam*; *LS*, *Laudato si. VC*, *Vita consecrata*.

2 J. MELLONI, «Accesos a la interioridad»: *Sal Terrae* 91 (2003) 33. Unamuno aconseja a un joven, que le pedía consejo: «Me dices que si hasta ahora ha sido tu divisa ¡adelante!, de hoy en más será ¡arriba! Deja eso de adelante y atrás, arriba y abajo a progresistas y retrógrados, ascendentes y descendentes, que se mueven en el espacio exterior tan sólo. Y busca el otro, tu espacio

No se trata de una oposición en sentido espacial o de lugar (dentro – fuera). La persona, que es el sujeto de referencia, no da valor ni define sus actos por el lugar que ocupa en el espacio, sino por la fuerza con que se identifica y responde de ellos, y esto le viene dado por su capacidad de interiorización. Si bien la persona se sitúa en el espacio y en el tiempo, en cuanto autoconsciente, los supera y trasciende por su capacidad de entenderse a sí misma y de implicarse en la realidad circundante.

La interioridad no es ruptura ni negación de nada, por ejemplo de la realidad exterior, sino la asunción clara y responsable de todo lo que entra en relación con la persona. La interioridad no es «desconectarse» de la realidad exterior, sino asumirla y hacerla suya, para darle sentido en una historia viva y personal. Interioridad no es desentenderse, por principio, de lo material y del mundo sensorial, del que por otra parte no podemos prescindir en esta etapa de peregrinación, como si fuera una dimensión que recortara el mundo racional. Se trata de comprender la mutua relación entre lo interior y lo exterior y de establecer la jerarquía que garantice un orden y, por lo mismo, confiera fecundidad a la persona.

La persona crece, madura y es fecunda en la medida en que «se hace cargo» de la realidad sobre la que actúa y se compromete a «cargar» con ella (acoger, acompañar y, al final, entregarse libremente en favor del hermano), lo que supone, no el final de una guerra entre espíritu y carne, sino la asunción magistral de sí misma y del entorno. Esto supone una maestría genial, que domestica y controla las exigencias opacas del mundo sensorial y los guiños desde el exterior, proyectando luz y creando un marco de prioridades, en el que cabe todo lo humano y todo lo real. El papa Francisco, en la *Evangelii gaudium*, escribe:

La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás (EG 10).

interior, el ideal, el de tu alma. Procura meter en ella el universo entero, que es la mejor manera de derramarte en él. Considera que no hay dentro de Dios más que tú y el mundo; y que si formas parte de éste, porque te mantiene, también forma él parte de ti, porque le conoce. En vez de decir, pues, ¡adelante! o ¡arriba!, di ¡adentro! Reconcéntrate para irradiar. Déjate llenar para que reboses luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás, todo entero e indiviso. ¡Adentro!» (M. de UNAMUNO, *Epistolario americano (1890-1936)*, Edición, introducción y notas de L. ROBLES, Salamanca, Ediciones USal, 1996, 80).

a) *Interioridad, apertura y salida*

El papa Francisco, casi como resumen de su encíclica sobre ecología, afirma que «la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas» (LS 240). No se trata tanto de lugares geográficos como de apertura y comprensión. Cada vez, de manera más decidida, el lugar de los consagrados no es otro que la vida. O sea, interioridad es *apertura*.

La interiorización vivida con autenticidad nos hace «capaces de salir de nosotros mismos»³. Él mismo completa este pensamiento con estas palabras: «Crear quiere decir renunciar a uno mismo, salir de la comodidad y rigidez del propio yo para centrar nuestra vida en Jesucristo». La interiorización «descentra» a la persona, es decir, la libera de sí misma y la refiere a algo más allá de sí misma, e inicia un «camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios» (DCE 6). La vida religiosa deberá re-descubrir la vocación profética a través del encuentro personal de Jesús. Se requiere una vuelta a Jesús, al evangelio, viviendo en las fronteras y ligero de equipaje.

Cuesta salir de la comodidad, porque «tenemos demasiados intereses que defender. Somos ricos... De hecho nuestras instituciones han fagocitado a sus miembros a cambio de un plato de lentejas, que da seguridad económica y social»⁴. Este juicio de valor suena un poco fuerte, pero ¿no refleja, al menos en parte, la realidad de nuestras vidas y comunidades? ¿Qué nos falta, o qué no nos hace falta, de todo lo que disponemos? Éste es solo un detalle para la reflexión.

El equilibrio entre interioridad y salida no resulta fácil ni se resuelve por decreto de una vez por todas. Es un equilibrio vital y, por lo mismo, sujeto a episodios de inestabilidad, que dibujan un mapa de altibajos. En virtud de esta vida interiorizada, la persona tiene que estar dispuesta a salir, hacerse presente y a atender en los «hospitales de campaña», que es donde más humanos hay heridos por la libertad mal entendida y por los engaños de la vida. Por la interiorización, la persona se hace presente y goza en las distintas formas de encuentro y de presencia en el diálogo con Dios, con los hermanos e incluso con la realidad que necesita de nosotros para que le demos sentido.

3 Mensaje del papa Francisco para la 52 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.

4 A. EGIGUREN, «En las fronteras y ligeros de equipaje»: *Vida religiosa* (monográfico) 4 (2015) 29.

El mundo está lleno de *presencias inútiles* e incluso hostiles, cargadas de mentiras, de insensibilidad, de egoísmo y de violencia. Solo en la vivencia de un encuentro con la Verdad (fuente de unidad y vida) es posible cargar la vida de presencias consistentes y regalar alegría y esperanza. Lo nuestro, sin Dios, más se asemeja a la sombra que a la luz. No podemos dar lo que no tenemos; y no tenemos, porque no «negociamos» con Dios o porque malgastamos lo que nos da sin compartir.

La interioridad es fuerza de comprensión, un nivel de conciencia y voluntad de compromiso. La interioridad no es reducir el campo de visión (cerrar los ojos a las realidades terrenas), sino *iluminar desde dentro* lo que se ve, se siente, se busca y se hace. Interioridad es todo lo contrario de encerrarse en el pequeño mundo de los sentimientos, miedos, recelos, heridas... Es abrirse y establecer diálogo transparente con todo interlocutor, en primer lugar con Dios, con los hermanos y la naturaleza, con la ayuda del Espíritu.

b) *Dimensión espiritual*

En el plano espiritual la interioridad es escucha y docilidad al Espíritu, para ponerse al servicio del reino, lo que supone salir de sí mismo. La interioridad es una luz potente, interior y recibida, que ayuda a discernir. La vida interior o interiorización ante todo es expresión de vida y, por tanto, de creatividad y fecundidad. Esta vida tiene su fundamento y fuerza en su estructura interior, *racional y espiritual, y se manifiesta en actos y gestos tanto internos como externos*. Esta vida se ahoga, se asfixia e incluso puede morir, cuando el motor interior (razón y gracia) deja de dirigir y conformar (formatear) la acción externa.

La luz interior, que es criterio para discernir y actuar, tiene la misión de iluminar el mundo oscuro y confuso de los sentimientos, afectos y deseos, necesitados de una fuerza integradora que ordene y organice. Dejar a su aire y a su ritmo el apetito insaciable de los sentidos es romper la unidad interior imprescindible para el equilibrio y estabilidad emocional. Solo desde una comprensión y dirección integradas en la razón y la fe es posible coordinar con objetividad la multiplicidad desordenada de sentimientos, afectos y deseos que configuran la trama humana.

Todo lo bueno y fecundo se gesta en el horno interior. Solo desde el convencimiento profundo de la interiorización es posible la audacia y la fe ciega en Dios. Desde esta radicalidad le es posible al papa Francisco desenmascarar a una Iglesia autorreferencial, encerrada en sí misma y, por lo mismo, enferma de una especie de narcisismo teológico y, lo que es peor, de vanidad espiritual.

c) *Las Constituciones y el capítulo general de 2010*

Para hacer memoria, reproduzco, sin comentarlos, algunos párrafos que definen la *interiorización*. Son la base de mi reflexión.

La especial vocación del agustino recoleto es la *continua conversación con Cristo* y (como expresión de la autenticidad de ese encuentro y conversación con Cristo) su cuidado principal es atender a todo lo que más de cerca lo pueda encender en su amor. El hombre, por la *soberbia*, se aparta de Dios; *cae en sí mismo* y resbala hacia las criaturas, disipándose en la *dispersión* de las cosas temporales. Solo con ayuda de Cristo, mediante la purificación por la *humildad*, puede el hombre recogerse y entrar otra vez en sí mismo, donde comienza a buscar los valores eternos, reencuentra a Cristo y reconoce a los hermanos. Esta es la *interiorización trascendida agustiniana*, principio de toda piedad. Este es el recogimiento o recolección de la *Forma de vivir*, que lleva derechamente a la contemplación, a la comunidad y al apostolado (*Const.* 11. El subrayado es mío).

Definición perfecta, que advierte de la gravedad del peligro, la soberbia, que acecha y amenaza, y a la vez remite al médico con qué recuperarse: «la ayuda de Cristo, mediante la purificación por la humildad». Casi con las mismas palabras insiste en el encuentro con Dios: «...en medio de las criaturas de las que usa por necesidad transitoria, el religioso mantenga el *coloquio con Dios*, y todo lo que haga brote de la *íntima comunión con él*» (*Const.* 13).

El *Mensaje* del capítulo general de 2010 afirma que, «en definitiva, nuestro recomienzo supone girar el rostro y el cuerpo entero de nuestra institución con todos sus miembros y organismos, para encontrar la mirada atrayente del Maestro: el *encuentro con Cristo*, como condición indispensable de un cristianismo de fuertes raíces, capaz de encarar los nuevos tiempos y de evangelizarlos» (n. 1). El mismo pensamiento encontramos en el número siguiente: «Sabemos que para revitalizar nuestra familia es necesario que profundicemos en la experiencia y en el *encuentro con este Dios vivo*» (n. 2); y en la introducción a las ordenaciones: «El don recibido de nuestro carisma y la misión encomendada de evangelizar exigen de nosotros abrimos en primer lugar a una *experiencia profunda de Dios*».

2. La dispersión como ruptura de la unidad

a) *La dispersión nos vacía y aleja de Dios*

La persona se siente permanentemente invitada –tentada– a salir fuera de sí misma, del centro de su ser, de su unidad integradora y fecunda. Se le proponen

muchas «cosas por hacer», ofertas agradables, salidas, escapadas, huidas hacia el exterior, que terminan por dejar el interior vacío, sin otro contenido que la expectativa exterior. Este «hacer» –o «quehacer»–, convertido en costumbre, en forma de vida rutinaria, desgasta y desparrama el alma. Este fenómeno de intentar una vida «puertas afuera» produce la clásica «dispersión» o pérdida de la unidad y cohesión interior, única capaz de hacer fecundo nuestro esfuerzo y de recompensarnos con la paz. San Agustín llama *dispersión* a esta agitación y mariposeo fatigosos, que se hacen fuertes en la costumbre.

En el análisis de nuestra vida real nos encontramos con la *dispersión*, desparramamiento del alma, que pierde su unidad y consistencia interior, al dejarse llevar por los sentidos, la curiosidad, la avaricia y la lujuria –agentes de la soberbia–, y al apegarse a las cosas. La *dispersión* es pérdida de la unidad interior del alma y del corazón, para caer y dividirse en lo temporal y en lo material. Este desmoronamiento de nuestra unidad íntima desasosiega e inquieta el corazón (cf. *conf.* 1,1,1) y, así, lejos de Dios, divididos y fraccionados por las cosas, resulta que toda abundancia que no sea Dios es *indigencia* (cf. *conf.* 13,8,9), hasta que descansamos de nuevo en Dios, uno y bueno –*Deus une bone*– (cf. *conf.* 13,38,53). San Agustín ha vivido la dolorosa *experiencia de la dispersión* y de la *pérdida de la unidad interior* hasta sufrir hambre y sed de Dios, como campo reseco y estéril. Y sabe que esa sed que lo devora no puede ser apagada con ninguna realidad creada.

Quiero hacer memoria de mis pasadas fealdades y de las corrupciones carnales de mi alma. No lo hago para regodearme en ellas, sino por amor tuyo, Dios mío. Y lo hago por amor de tu amor... Los evoco para que tú repitas tus dulzuras conmigo, tú que eres dulzura sin engaños, dulzura dichosa y garantizada. También espero que me recompongas de la fragmentación en que estuve escindido al apartarme de ti, que eres la unidad, e ir tras mi propia difuminación en el mundo de la multiplicidad (*conf.* 2, 1, 1).

Aquí está mi propia vida que es distensión, y tu mano derecha me acogió en mi Señor, el hijo del hombre, mediador entre tu unidad y nuestra multiplicidad. Pues nuestra dispersión tiene lugar en muchas cosas y de muchas formas, para que yo alcance por su medio a Aquél que me ha alcanzado y me centre, tras mis días antiguos, siguiendo al Uno (*conf.* 11, 29, 39).

San Agustín invita a recogerse y centrar la mirada y el corazón para no perderse en las cosas ni en uno mismo:

No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo... Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende (v. *rel.* 39, 72).

Ahora pruébate, examínate. ¿A qué miras? Entra en tu interior, mírate dentro, examínate interiormente –*intus te attende, intus te vide, intus te examina*–. Siéntate al lado de ti mismo, ponte en tu presencia (s. 107, 9).

b) *La costumbre complica el regreso*

Lo importante es que la alianza entre el hombre y Dios sea sellada de una vez para siempre. Pero mientras el hombre está en esta etapa temporal de peregrinación, siempre corre el peligro de volverse atrás. Lo que agrava el problema es que la dispersión se hace fuerte en la *costumbre*. Agustín, que ha desmenuzado y analizado este tema, ha escrito:

Pero luego –después de que me arrastras a una dulzura que no sé definir– vuelvo a caer bajo las pesadumbres penosas de las realidades de aquí. Vuelven a absorberme las ocupaciones ordinarias que me tienen atado, y lloro mucho, pero sigo atado. ¡Tanto es el poder de la costumbre! Puedo estar aquí, pero no quiero. Quiero estar allí, pero no puedo. ¡Infeliz en ambos casos! (*conf.* 10, 40, 65).

Para facilitar la reflexión, solo unos textos que desvelan el alma atormentada de Agustín, esclavizada por la costumbre:

La costumbre que se insolentaba contra mí había ido tomando alas por mi causa. Queriendo había llegado adonde no quería llegar (*conf.* 8, 5, 11).

Mi alma sentía verdadero pánico de verse apartada de la costumbre que la consumía hasta matarla (*conf.* 8, 7, 18).

En resumidas cuentas, no es absurdo querer en parte y en parte no querer, sino que de lo que se trata más bien es de una enfermedad del espíritu, porque no se levanta todo él empujado por la verdad, sino avasallado por la costumbre. Y por eso hay dos voluntades, porque una de ellas no es total, no está completa, y lo que le falta a una lo tiene la otra (*conf.* 8, 9, 21).

c) *Lucha entre vida y muerte*

Merece la pena disfrutar del realismo descriptivo a vida o muerte del texto siguiente:

Me retenían frivolidades de frivolidades y vanidades de desatinos. Estas viejas amigas mías tiraban del vestido de mi carne y me decían por lo bajo: “Conque nos dejas, ¿eh? ¿Es cierto que a partir de ahora ya nunca vamos a estar contigo? ¿Es cierto que a partir de ahora nunca jamás te será lícito esto y lo otro?”.

¡Hay que ver el cúmulo de sugerencias que había en aquellas palabras ‘esto y lo otro’ que acabo de consignar! ¡Qué sugerencias, Dios mío!... Eran un valladar que me impedía dar el salto hacia donde oía la llamada. La costumbre brutal y agresiva continuaba diciéndome: ‘¿Te crees que podrás vivir sin ellas?’ (*conf.* 8, 11, 26).

d) *Tiempo para la interiorización*

Tanto la persona individual como la comunidad, si se encierran en sí mismas o se enredan o esclavizan de las cosas, dejan de ser fecundas y su vida se desvanece y se desploma por falta de unión con el tronco y raíz de la vida. Cuando huyen de sí mismas y por lo mismo de la unidad en Dios, ya lo tienen todo perdido. Su vida es como una casa en ruinas, deshabitada por el Espíritu y privada del amor, que le dan impulso y coherencia. Desde esta *soledad infecunda*, perdida en la multiplicidad de los sentidos y siempre a la caza de momentos, de detalles y de sensaciones placenteras, sometida al afán intransigente de los sentidos, no es posible la paz ni la felicidad.

Por eso, si quieres ser feliz –y «en realidad no existe razón alguna para filosofar más que esta: lograr la felicidad» (*ciu. Dei* 19,1,3)–, «entra dentro, no busques el gozo en lo exterior» (s. 255,6), pues «la felicidad no la conocemos ni experimentamos mediante los sentidos corporales» (*conf.* 10, 21, 30).

e) *Vuelve al corazón*

Todo pretendido absoluto que no sea Dios nos incapacita para la felicidad. La huida hacia lo exterior y el encerrarnos egoístamente en nosotros mismos arruina a la persona, que o se pierde en el mundo asfixiante de lo material o alucina fantasías que no traen paz.

En la vuelta al corazón en realidad se trata de un auténtico *regreso* desde el mundo falaz de lo superficial, inconsistente y tornadizo, al mundo interior del pensar y del querer. La mente y la conciencia, alejándose de Dios, se entenebrecen, pero acercándose a Dios se iluminan, porque Dios es luz. Lejos de Dios la persona agoniza, desparramada entre las cosas; acercándose a él, recobra la vitalidad interior.

Es imprescindible volver al corazón, que es la encrucijada de donde arrancan todos los caminos buenos y malos. El corazón representa lo más profundo y auténtico de la persona: los afectos, los deseos, lo que buscamos, lo que tememos, lo que amamos. Por eso, «no mancha lo que entra, sino lo que sale del corazón: los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos...» (Mt 15,18ss.).

El camino de retorno de que habla Isaías: «Volved, pues, prevaricadores, al corazón» (Is 46,8), lo puntualiza Agustín con realismo sorprendente:

Primero vuelve a ti desde las cosas exteriores, y después vuelve al que te creó y perdido te buscó y te encontró adverso y fugitivo y te volvió a sí. Vuelve, pues, a ti y ve a aquel que te hizo (s. 330,3; cf. *Io. ev. tr.* 23,10).

Volved al corazón... Volved. ¿Adónde? Al Señor. Es pronto todavía. Vuelve primero a tu corazón: como en un desierto andas errante fuera de ti. ¿Te ignoras a ti mismo y vas en busca de quien te creó? Vuelve, vuelve al corazón (*Io. ev. tr.* 18, 10).

San Agustín insiste en este regreso porque, según su propia confesión, «advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza» (*conf.* 7,10,16), donde se pierde el rastro de Dios, en la oscuridad y sin sosiego. Lejos de Dios, el hombre agoniza, desparramado entre las cosas.

f) *El encuentro con Cristo*

La meta da siempre sentido al camino y marca la dirección. Y la meta sabemos que es la humanidad unificada en Cristo. Solo una vida fundada de manera explícita en la persona de Cristo –en encuentros reales– es una vida edificada sobre roca firme, capaz de resistir todos los peligros de desintegración.

La misma conversión de san Agustín se manifiesta como un movimiento de regreso del *foris* al *intus*, desde lo exterior hacia el interior, de la oscuridad a la luz, de la multiplicidad a la unidad, de la muerte a la vida. Todas estas imágenes, que simbolizan un regreso, coinciden en significar que la existencia humana no tiene su centro en sí misma, sino en Dios.

Unida al Verbo, a Cristo, Verdad y Vida, el alma participa de la vida, de la estabilidad, de la unidad en Dios, encontrando así su verdadera forma. Unirse a Dios es aceptar una aparente *desposesión de sí*, pero así es como el alma llega realmente a ser ella misma y a sentirse segura. De hecho, lo que Agustín deseaba «no era estar más cierto de ti, sino más estable en ti» (*conf.* 8,1,1). El *foris*, la dispersión, la vive el alma como una prisión, mientras que descubre el *intus*, la unidad en sí misma y en Dios, como seguridad y paz, vida total, plenitud. Agustín experimentó sucesivamente estas dos direcciones, y entiende la conversión esencialmente como un *retorno a sí mismo* y una *rendición a Dios*:

Los que quieren gozar externamente –*gaudere forinsecus*– fácilmente se hacen vanos y se desparraman por las cosas que ven y son temporales, y van con pensamiento famélico lamiendo sus imágenes –*famelica cogitatione lambiunt*– (*conf.* 9,4,10).

Las cosas, que nos halagan y seducen, nos dispersan y, a la vez, causan desasosiego:

Por lo que no hallaba en ellas –en las cosas, en las que fijaba mi atención y ponía mi deseo– lugar de descanso, ni me acogían de modo que pudiera decir: ¡Basta! ¡Está bien!, ni me dejaban volver adonde me hallase suficientemente bien (*conf.* 7,7,11).

Intentar en serio descubrir a Dios y su voluntad, encontrarse y hablar con él y aceptarlo, supone, en primer lugar, conocerse a uno mismo –*noverim me*–,

tal cual uno es, sin recortes ni rebajas: lo que realmente quiero, deseo, busco, ese mundo secreto de la propia vida que a veces ni siquiera contamos al confesor o director espiritual por miedo a tener que cambiar de vida. No nos atrevemos a entrar en el juego con todas las cartas descubiertas. Confesamos pecados, pero no descubrimos del todo el corazón, la llaga, el fondo. ¡No jugamos limpio! Por eso, muchas veces no sucede nada, seguimos como estábamos.

g) *Agustín vuelve a casa*

La conversión final de Agustín terminará con este devaneo o flirteo con las criaturas, hasta convertir a Dios en su centro de gravedad. Su relato en las *Confesiones* es magistral:

¡Qué dulce me resultó de golpe carecer de la dulzura de las frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gusta dejarlas. Eras tú quien las ibas alejando de mí. Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas. Tú, que eres más suave que todos los placeres, aunque no para la carne y la sangre. Tú, que eres más resplandeciente que toda luz, más escondido que todos los secretos, más encumbrado que todos los honores, aunque no para los que están encumbrados a sus propios ojos.

Mi espíritu estaba libre ya de las angustias inquietantes que entraña la ambición, el dinero, el revolcarse y rascarse la sarna de las pasiones. Y platicaba contigo, Señor Dios mío, claridad mía, mi riqueza y mi salvación (*conf.* 9,1,1).

El cambio de creencias y apetencias encuentra en Dios su centro de gravedad. Dios recupera el centro de interés y atención, que antes estaban puestos en las cosas, acontecimientos, criaturas o en uno mismo, lo que provocaba la dispersión.

3. La interioridad, camino agustiniano

Vivimos en un mundo permisivo, condescendiente, desasistido de valores, que ignora e incluso rechaza. Tenemos que enfrentarnos a una sociedad masificada, materialista, hipócrita, insensible, ignorante y a la vez creída de sí misma, agresiva, vacía, provocadora.

Ante esta sociedad y personas inconscientes e irreflexivas no queda otra voz de alerta, otra denuncia, que la honradez y fidelidad del vigía, del predicador, del profeta, del educador. Nos encontramos solos ante una misión superior a nuestras

fuerzas. Una de las peores causas de esta guerra está en el hecho de que «ya no interesa saber, no preocupan los valores, Dios y las obligaciones morales desaparecen del horizonte personal».

Las pocas luces de que dispone la mente humana y la escasa capacidad de reacción y compromiso de la voluntad se entretienen y amansan, hasta quedar prácticamente domesticadas y anuladas por la fuerza arrolladora de los medios de comunicación, que irrumpen en el mundo familiar y personal, desfigurando, disolviendo en medias verdades o sencillamente engañando al pasivo interlocutor, que oye, ve o lee sin capacidad de juicio para valorar y distinguir.

El resultado ya lo conocemos. Ya no hay diálogo en familia, falta la comunicación profunda personal, no hay referencias superiores a la propia conciencia, la verdad ya solo funciona con minúsculas –cada uno habla de *su* verdad, aunque la intentará imponer como *absoluta*–. Con estos presupuestos no podemos esperar otros resultados. Sin ley, sin valores, sin Dios, queda abierta la licencia para todo: desorden y desmoronamiento interior que necesariamente se traducen en situaciones personales dramáticas –abandono del hogar, droga, prostitución– y en conflictos sociales incontenibles –robos, secuestros, atracos, homicidios, agresividad–. Todo esto, sin un fundamento de valores que garanticen un orden interior, es imparable.

Ante este panorama, la sociedad busca casi obsesivamente la seguridad, la libertad, la calidad, la paz y un futuro mejor. Pero, en vez de entrar decididamente por el camino real de la auténtica *formación* personal –no sólo *información*– y cívica, en el que aparezcan en primer plano la honradez, la fidelidad, la verdad y el compromiso, como eso «no es popular ni da votos», entra con la arrogancia de un sabelotodo la simple chapuza política, que juega maquiavélicamente a «quedar bien» con la trampa del «rebajar las exigencias personales, morales y cívicas», llamando *formación* a lo que no pasa de ser una simple *información*, para confundir todavía más a los que casi nada saben ni quieren con seriedad.

Así hemos llegado a la sociedad del *descarte*, del *usar y tirar* –juego que sirve lo mismo, indiscriminadamente, para disponer de las cosas como de las personas–, en la que, por lo mismo, se usa del cuerpo, de la salud y de la vida, como si fuéramos auténticos propietarios de lo nuestro y de lo ajeno, y donde Dios nada tiene que decir. Aquí, por tanto, cabe el sexo libre, el aborto, la droga, la prostitución, la eutanasia, la homosexualidad; es decir, todo, esté admitido en la legislación o, si no, que lo incluyan.

Agustín puede hablar en primera persona de la experiencia de la pérdida de Dios y del posterior encuentro, y así lo escribe en las *conf.* 6,1,1: «Más yo caminaba por tinieblas y resbaladeros y te buscaba fuera de mí, y no te hallaba, ¡oh Dios de mi corazón!».

Por lo mismo insiste en superar la barrera de la *superficialidad*: «No te contentes con palpar la superficie, entra dentro de ti, penetra en lo más profundo de tu corazón» (s. 348, 2).

a) *Por la interioridad a la verdad*

Agustín nos da entrada a este tema con este texto de sus *Confesiones*:

Ante la sugerencia de aquellos escritos que me intimaban el retorno a mí mismo, penetré en mi intimidad, siendo tú mi guía. Fui capaz de hacerlo, porque tú me prestaste asistencia... Me vi lejos de ti, en la región de la desemejanza, donde me pareció oír tu voz que venía desde el cielo: Yo soy manjar de adultos. Crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas corporalmente la comida, sino que tú te transformarás en mí (*conf.* 7, 10,16).

La cultura actual va hacia la apariencia y exterioridad. Vive de la imagen. Es un mundo que está perdiendo su propia interioridad. La gente no suele celebrar, sino divertirse. Antes se celebraban las fiestas de los pueblos, ahora se convierten en espectáculo para visitantes y turistas. Para evitar el vacío de la exterioridad, va surgiendo el fenómeno de la nueva religiosidad. Se quiere encontrar la experiencia profunda. La vida religiosa es fundamental como elemento de reserva de la interioridad del mundo, lo que supone una revisión de nuestra vida de oración y de interioridad.

Como experto en experiencias de salida y desparramamiento en lo exterior, que temporalmente vivió Agustín en su primera etapa, él mismo nos ofrece también un camino de retorno y de reencuentro con la verdad, que a la vez es descanso y felicidad:

Descansad en él –en el Señor– y hallaréis sosiego. ¿Adónde vais por caminos impracticables? ¿Adónde vais? El bien que amáis procede de él. Todo cuanto hace referencia a él es bueno y suave... ¿Qué interés tenéis en seguir sendereando por trochas y vericuetos trabajosos? El descanso no está donde lo buscáis. Buscad lo que buscáis, pero que conste que no está donde lo buscáis. Estáis buscando la vida feliz en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo va a haber allí vida feliz, si ni siquiera hay vida? (*conf.* 4,12,18).

b) *Interioridad y unidad*

La interiorización es fuerza integradora, que construye la unidad en quien es uno, y por lo mismo es fuente de vida. La interiorización señala y remite a la

fuente de verdad y vida que da sentido a cada ser y otorga a la persona la capacidad de entrar en diálogo con todo cuanto es, convirtiéndose en señor y administrador fiel, guiado por la luz del Espíritu. La interiorización, sobre todo, se abre al diálogo con la verdad de cada ser, no para dejarse arrastrar y caer en la *multiplidad disgregadora*, sino para «señorear» con criterio, evitando disolverse en lo circunstancial y anecdótico.

La interiorización, en fin, se nutre del Espíritu, que ilumina cada gesto, cada palabra, cada acción humana, superando tanto la seducción de lo inmediato y sensible como la evasión de refugiarse en un mundo desentendido del compromiso diario. Por su fuerza iluminadora e integradora, la interiorización garantiza su entronque en Dios, fuente de verdad y de vida, y por lo mismo asume el compromiso de estar cerca del hermano con quien comparte, sabiendo «estar» con respeto entre las cosas.

c) *Sin mí no podéis*

Es lo primero que uno constata cuando se toma en serio el seguimiento de Jesús y decide poner la vida a su servicio. No se trata de una deducción lógica, sino de la constatación de la fragilidad para vivir en fidelidad las insinuaciones del Espíritu en la entrega incondicional al servicio del Reino. De ahí la trascendencia del «descentrarse» de uno mismo y enamorarse de Jesús: «Antes de nada hemos de salir de nosotros mismos y abrírnos a Dios. Nada puede llegar a ser correcto, si no estamos en el recto orden con Dios»⁵.

Ser religioso es primeramente el resultado de enamorarse del Jesús histórico: «Sin la experiencia del encuentro con Jesús todo carece de sentido y se convierte en un mero formulismo»⁶. Nada extraño que la experiencia del encuentro con Jesús conduzca a la trascendencia, una invitación a salir en busca del hermano, convencidos de que «en la base está siempre una relación personal con quien nos ama y nos llama»⁷, y nos envía.

5 J. RATZINGER/BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. I. Del bautismo a la transfiguración*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, 168.

6 A. EGIUREN, «En las fronteras...» 21.

7 J. M^a. ARREGI GURIDI, «Presentación. Una historia de amor»: AA.VV., *Una historia de amor. Seguir a Jesús en la vida consagrada hoy*, Estella, Verbo Divino, 2015, 24.

d) *Transcende et teipsum*

El proceso de interiorización no termina en el encuentro con Dios, sino que implica una apertura hacia los demás, de los que no podemos desvincularnos. Es necesario compartir con los demás lo que hemos recibido de Dios. Tenemos que llevar a todos a conocer y experimentar ese amor:

Si amáis a Dios, arrebatad al amor de Dios a todos los que están unidos con vosotros y a todos los que se hallan en vuestra casa... Arrebatadlos a gozar y decidles: Engrandeced conmigo al Señor (*en. Ps. 33,2,6*).

La comprensión de la *trascendencia* únicamente en *sentido pasivo* (la persona se pacifica en la contemplación de la Verdad) sería limitarla a un «quedémonos aquí y hagamos tres tiendas», contentarse con el «quedarse mirando al cielo». Esa interpretación equivaldría a admitir que la interiorización es un proceso cuya finalidad es la pacificación de los sentidos y gozo del alma, al tiempo que nos permite aislarnos, desentendernos de la vida.

Lo importante del proceso de *interiorización trascendida agustiniana* consiste en que, una vez que el hombre se ha transcendido, es decir, una vez que el hombre ha entrado en la lógica del amor de Dios, es capaz de ver la realidad con los ojos de Dios, volver a la realidad como enviado de Dios, valorar la realidad con la objetividad del amor del Padre, y dar sentido a la realidad y a la vida. Así el religioso supera la *superficialidad* y se empeña en la construcción de un mundo nuevo. ¿Se puede deducir esto del «y (la conversión) es manifestación de ese mismo espíritu en las obras externas que muestran lo que hay dentro?», se pregunta Enrique Gómez a propósito de *Const. 12b*.

4. Ejercicio de interiorización

a) *Interiorización y coherencia*

Urge descubrir la mentira de un «falso seguimiento» de Jesús y desenmascarar la *superficialidad* de los encuentros con él. Con frecuencia, encerrados en un círculo vicioso, damos vueltas y nos encontramos con nuestros propios pensamientos y proyectos y nos seguimos a nosotros mismos; no acabamos de descen-trarnos de nosotros mismos (pensamientos, afectos, deseos) para centrarnos con la novedad de Cristo.

La respuesta coherente se consolida en el encuentro con Cristo, en el servicio a los hermanos y en el respeto a la naturaleza. La fe auténtica acaba expresán-

dose en obras. Una vida coherente da testimonio, atrae, es misión y se convierte en la mejor «promoción vocacional» y en fuente de inspiración para los jóvenes (venid y lo veréis), tiene poder para transformar a las personas y la sociedad. Esta coherencia es don que recibe quien vive de la experiencia del enamoramiento de Jesús.

b) *Textos para un ejercicio de interiorización*

Están pensados para un encuentro o dinámica comunitaria, en la que, a partir de ellos, podemos descubrir la realidad en la que vivimos y animarnos a una respuesta más comprometida:

La palabra de Cristo habite en vosotros en toda su riqueza: *Enseñaos* unos a otros con toda sabiduría; *corregíos* mutuamente (Col 3,16).

Los hombres sin remedio son aquellos que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de los demás. No buscan lo que han de corregir, sino en qué pueden morder. Y, al no poder excusarse a sí mismos, están siempre dispuestos a acusar a los demás (s.19,2).

Los hermanos en la comunidad ámense como hijos de Dios y hermanos de Cristo...; entréguese a sí mismos y todo lo suyo al servicio del amor; sopórtense y perdónense mutuamente; practiquen con delicadez la corrección fraterna y recíbanla con humildad, y ayúdense unos a otros con sus oraciones ante Dios (Const. 14).

c) *Acercándonos a la realidad*

De poco nos servirá leer un texto iluminador y sugerente e incluso el meditarlo, si al final no descendemos del Tabor y lo aplicamos a nuestra vida. Tenemos que llegar al último paso del proceso. Es importante entrar en el hondón de nuestra vida (deseos de verdad, actitud de servicio, apertura y sensibilidad hacia Dios y hacia el hermano; motivaciones, miedos, heridas, desencanto). Para iluminarlo hay que ponerlo todo al trasluz del Espíritu (pues nosotros no sabemos ni podemos solos) y hay que amarlo todo con el hermano, que siempre aporta elementos nuevos sin los que Dios no dará nunca el visto bueno. La receta es antigua, y tal vez por manida se nos antoja inventar alguna nueva, en la que curiosamente no está presente Dios o el hermano. Así no. Presento un ejercicio de aproximación a la realidad, por si nos ayuda a entendernos.

d) *Los hechos como punto de partida*

Con excesiva frecuencia casi todos creemos que llevamos razón (son los otros los que están equivocados y tienen sus limitaciones o cometen errores) y en consecuencia nos identificamos con nuestra propia imagen («Todo hombre se alía con su propia imagen y se aparta de su disimilitud», s. 15,2,2); es decir con lo que pensamos, sentimos y hacemos, y nos encerramos en nuestro pequeño mundo, que acaba siendo irrespirable. Podemos acabar desconectados de los hermanos y del Espíritu, lo que lleva a la soledad y pérdida de sentido de la vida.

Esto nada tiene que ver con la interioridad; más bien es su negación, pues por debilidad o inconsciencia uno se niega a buscar y descubrir con los otros y con Dios el sentido de su vida. Aquí se hace imprescindible la interiorización, como luz interior que devuelva la objetividad a nuestro mundo de ideas (que tal vez han derivado en prejuicios), purifique los sentimientos (con frecuencia contagiados de carga negativa y a la defensiva) y abra caminos a la fe que consolida la paz interior. La salida es hacia adentro, está en la interiorización.

- Nos cuesta mucho dedicar tiempo a reflexionar para reconocer nuestros errores, rutinas o limitaciones. Con frecuencia la razón total no está exclusivamente de mi parte, sino compartida con los otros a partes desiguales. Esto nos pide o exige una actitud de humildad, para pedir o al menos aceptar ayuda de los demás.
- Y todavía nos resulta más difícil corregirnos, una vez reconocido el error.

Como consecuencia inevitable, esta realidad de nuestra vida:

- Nos hace sufrir mucho sin sacar provecho de ello, es decir, sufrimos inútilmente.
- Y, además, hacemos sufrir a los demás.
- Como este peso lo cargamos y lo hacemos cargar a los demás durante tiempo, tal vez meses o años, merece la pena tenerlo en cuenta y afrontarlo para buscar la solución.
- Los ejemplos los puede encontrar cada uno en sí mismo o dentro de la comunidad. Propongo uno, para analizarlo.
- Suponemos, sin fundamento, que los demás, sobre todo el superior, están al corriente, es decir, saben y conocen lo que me pasa, lo que siento, lo que me duele, lo que necesito y hasta lo que pienso sobre un asunto o tema determinado; y, en consecuencia, seguimos suponiendo que los demás deben adelantarse y proveer todo lo que necesito. Esa suposición no tiene fundamento. Lo normal es que tu hermano o el superior se entere cuando tú te acerques a él y le comuniques lo que piensas, sientes, te

preocupa, necesitas o deseas hacer. Eres tú el que debe acercarse a él para informarlo, avisarlo o pedirle con humildad.

- A veces suponemos también intenciones en nuestros hermanos o en el superior: que se desentienden de mí o que actúan a sabiendas de que me hacen mal, para molestarme. Es decir, actuamos por *prejuicios*, sin fundamento.
- Estos sentimientos negativos nos avisan de nuestra inmadurez, pereza o desorden interior (al margen de que tengamos 30, 40, 50 u 80 años), que puede ser emocional o afectivo, herencia de experiencias negativas antiguas, que no hemos digerido y que siguen actuando sobre nosotros y nos hacen ver, interpretar y actuar de forma inadecuada en situaciones normales de la vida.

e) *Clave para su interpretación*

- Examinarse a sí mismo con sencillez y humildad. Es el momento fuerte de la interiorización, en la que, superando los niveles mínimos e insuficientes del propio filtro sensitivo o racional, acudimos al Maestro interior para que nos enseñe e incluso nos dome: «Busquemos a Dios para que dome al hombre» (s. 55, 2).
- Comunitariamente, *abrirse al diálogo* con franqueza, sencillez y humildad (no soy perfecto, no lo sé todo, y los demás tampoco son tan malos). El diálogo nos permite tratar los temas, situaciones y hechos con la máxima independencia de los sentimientos propios. La interiorización, además de entrar en comunicación con Dios, pide ayuda a los hermanos a través del diálogo. Este paso del proceso no es optativo; es esencial. En el *capítulo de renovación* y en la *lectio divina* tenemos ocasión de practicarlo. Hay que tener en cuenta que esto, que teóricamente es tan claro, en la práctica puede resultar difícil; a alguno le puede parecer incluso imposible. Se trata de uno de los ejercicios menos habituales, para el que no estamos preparados y al que nos resistimos por un falso pudor, como si se tratara de una injerencia o intromisión intolerable en el foro sagrado de lo personal.
- De este diálogo, al que Pablo VI califica como «el nuevo nombre de la caridad» (*ES* III, 26), y que «ayuda a ver los problemas en sus dimensiones reales y permite abordarlos con mayores esperanzas de éxito» (*VC*, 74) depende, a la vez que manifiesta, la madurez humana, nuestro equi-

librio psicológico, la estabilidad emocional y la paz interior y dentro de la comunidad. Esta experiencia nos coloca en un contexto *real* de primer orden, que no es lo mismo que *perfección*, pues en la persona conviven la limitación, el desorden y el pecado con la aspiración a lo perfecto. Realismo es comprender y asumir esa parte nuestra, para sanar las heridas.

- A la hora de analizar los temas y situaciones con objetividad, se llegará a la conclusión de que:
 - Hay detalles o hechos en que sí llevo razón, y son mis hermanos quienes me hacen sufrir tal vez sin pretenderlo.
 - Hay detalles, actitudes o comportamientos en que no llevo razón, y soy yo quien hace sufrir a los demás.
- Los textos citados de Pablo y Agustín nos pueden iluminar y ayudar a comprender y, sobre todo, a corregir los posibles errores. A la luz de la Palabra:
 - Hay que superar el criterio de simples sentimientos, prejuicios y afectos, a veces contaminados y heridos por experiencias no asimiladas.
 - Con humildad y sencillez comprenderemos que no lo sabemos todo ni tenemos la solución para todo; nuestra formación es limitada. Y eso no es una descalificación para nadie.
 - Actuar siempre movidos por caridad (el que enseña o corrige) y humildad (el ayudado).

5. ¿Cómo cuidar la interioridad?

La vida interior (interioridad o interiorización) es plenitud de vida que emana del encuentro y unificación en Cristo («Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», Gál 2,20), que invita a salir de sí mismo para ir al encuentro de quienes viven en las periferias existenciales del mundo entero. Para salir con garantía y poder ofrecer algo digno que cure las heridas, calme la sed y el hambre y abra caminos de paz, diálogo y entendimiento, hay que garantizar primero una experiencia personal de «enamoramiento» con Jesús. El narcisismo es por sí mismo infecundo y estéril y está llamado a la muerte.

La salida es (al menos debe ser) signo de presencia fecunda del mensaje salvador de la Iglesia, que engendra nuevos hijos por la entrega generosa de sus miembros: «Haced discípulos míos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu» (Mt 28, 19).

- *Tomar conciencia de la presencia del Espíritu*, que actúa en mí. Solos no podemos.
- *Tomar en serio la vocación y misión recibida*. Es Dios quien envía. Somos presencia de Dios para los hombres. Vencer la pereza, la anemia espiritual, la mediocridad, la comodidad.
- *Cuidar la formación*, que nos permite sintonizar con la realidad y comprender los signos de los tiempos.
- *Apostar por el diálogo entre hermanos*, que ayuda a descubrir zonas oscuras y erróneas, y, sobre todo, anima en la búsqueda de caminos y formas nuevas de vida. «Lo que importa es que seáis siempre nuevos», nos recuerda san Agustín (*en. Ps.* 131,1).

6. Los enemigos de la interiorización

Ser simples «consumidores» de noticias, novedades y momentos de entretenimiento. Tomarse la vida como pasatiempo. La tentación de la oferta más cómoda.

Centrar el interés y pre-ocupación en uno mismo. La auto-referencia. Dios pasa a ser un interlocutor más, un encuentro marginal, tal vez el último en la lista de contactos.

Contentarse con activar los sistemas sensoriales y afectivos, que se cargan y descargan en ciclos casi automáticos, insaciables e insatisfechos, y que nos convierten en esclavos de la costumbre.

Vivir sometidos al imperio de intereses personales, advertidos o no, confesados o no, que nos domestican e incapacitan para cambiar y convertirnos.

El individualismo, el enemigo dentro de uno mismo. Ataca frontalmente el sentido y sensibilidad por la unidad. «Que sean uno» (Jn 17,11).

Pedro MERINO CAMPROVÍN
Monasterio de Yuso
La Rioja (España)

Resumen

Este trabajo ofrece una reflexión sobre la interioridad desde la perspectiva del encuentro con Cristo y con los hermanos. Como contrapunto se analiza la experiencia de Agustín, perdido en la dispersión, experiencia a la que no es ajeno el religioso que vive en la superficialidad. La llamada del Padre invita a interiorizar en un proceso de regreso al corazón. Así se recorre el camino agustiniano de la interioridad, en el que al final el religioso debe llegar a trascenderse a sí mismo para implicarse en la misión. Como recurso comunitario añade un ejercicio de interiorización y coherencia con unas pautas para cuidar la interioridad.

Abstract

This work offers a reflection on interiority according to the perspective of the encounter with Christ and with the brothers. As contrast, the experience of Augustine lost in dispersion is analyzed. Such experience is not something foreign to that of the religious who lives superficially. The call of the Father invites one to interiorize in the process of one's return to the heart. Thus, one goes through the Augustinian way of interiority, wherein at the end, the religious ought to transcend himself to get involved in the mission. As a resource of the community, an exercise of interiorization and coherence is added with some guidelines to safeguard interiority.